

Del mundo camiliano

Unos modos concretos para servir a los enfermos

Emma Loza Jiménez

Camilo, para los “Servidores de los enfermos” (primer nombre de su Compañía), dictó unas reglas de vida comunitaria y unos modos concretos para servir a los enfermos, como un guion de comportamiento que, a la experiencia de otras espiritualidades, unía el rico y original sabor de la suya, madurada en aquellos años de servicio en el hospital de Santiago de Roma. Las reglas han representado hasta hoy día la Carta Magna de los Ministros de los Enfermos. Camilo estuvo convencido de que estas Reglas contenían lo esencial de su fundación, que nunca se hubieran podido cambiar sin alterarla o desvirtuarla. En ellas se juntaban ternura y firmeza, para sacar adelante la reforma que su Señor Crucificado le había indicado, animándolo a no ser cobarde, sino confiado, diciéndole: “esta es obra mía y no tuya”.

En la segunda parte de “Unos modos concretos para servir a los enfermos” se encuentra el sello propio y característico de Camilo, su alma y su corazón. Se trata de un texto original que expresa su intuición genial: “sentir un amor como de madre hacia el prójimo enfermo” y su experiencia de servicio continuo y abnegado a los enfermos y moribundos, en lo corporal y en lo espiritual.

El ministerio de la caridad lo ve como un don de Dios, un talento precioso que es preciso multiplicar, una joya inestimable.

El mismo hecho de que diecisiete veces se halla la palabra “caridad” unida a “acción” y dieciséis veces la palabra “diligencia”, nos indica cuál fue el contenido genuino de su “idea” que lo enfoca todo desde el enfermo, cada enfermo, todos los enfermos.

Todo servicio -tanto el más importante como el más humilde-, ha de ser realizado “con la máxima diligencia” para que el enfermo se sienta apreciado y amado.

El campo de trabajo no tiene límite: “Todos los enfermos, aún los contagiosos”.

El peor enemigo de la caridad es el interés personal y la codicia: hay que cuidarse mucho para no caer en la tentación.

El obstáculo más peligroso es la ignorancia y la presuntuosidad.

La preocupación en lo que respecta a la salud espiritual del paciente no debe llevar a la presión psicológica o, más todavía” a la coerción, sino a la exhortación, a la aclaración, al apoyo respetuoso, a la enseñanza cariñosa, proporcionándole los medios necesarios, “siempre, sin embargo, con el consentimiento del enfermo”.

En la institución hospitalaria, el enfermo ocupa el lugar de “señor y amo”. Todo debe de ser orientado a su cuidado, evitando toda instrumentalización. La dignidad del enfermo le deriva del hecho de ser “sacramento” (signo e instrumento) de la presencia del Señor. En efecto, sirviendo al enfermo se sirve al mismo Jesucristo: “cada uno esfuércese en ver en el pobre a la persona misma de Cristo”, inspirados y guiados por el Espíritu Santo.

Las indicaciones y normas que Camilo da a su grupo expresan una constante: el cuerpo y el alma no son separables en el enfermo, y sus necesidades espirituales y corporales deben ser atendidas con una visión unitaria de la persona. El ministro de los enfermos debe usar toda caridad en el cuidado del cuerpo del enfermo, estimulándolo con palabras adecuadas a comer, favoreciendo su mejor posición física, manteniendo la limpieza de las sábanas,

cambiándolo de lugar con delicadeza, evitando que esté expuesto al frío cuando se traslada de un sitio a otro... Al cuidado del cuerpo debe asociarse el cuidado del bienestar del espíritu del enfermo, utilizando todas las estrategias y todos los momentos para inspirarle pensamientos espirituales, sobre todo si está en etapa terminal. Se debe evitar de la manera más absoluta que el enfermo se quede solo.

No sólo se debe acercarse al enfermo, tratándolo como un ser íntegro (alma y cuerpo), sino acercarse a él con toda la integridad de nuestra personalidad: conocimiento y afectividad, técnica profesional y corazón. Es famosa la frase de Camilo, dirigida a un hermano: “Más corazón en aquellas manos”. En esta capacidad de involucrarse afectivamente, toman importancia algunas actitudes y comportamientos “femeninos”: “En primer lugar, cada uno pida al Señor que le conceda un amor como de madre hacia su prójimo para que pueda servirle con perfecta caridad tanto en lo espiritual como en lo corporal, ya que deseamos con la gracia de Dios servir a todos los enfermos con aquel amor que tiene una cariñosa madre cuando atiende a su único hijo enfermo”.